

FOTO: JAVIER ZAPATA

Neira, distinguido como Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el Ministerio de Cultura de Francia. Abajo, recibiendo la condecoración de manos de la embajadora de Francia, Cécile Pozzo Di Borgo.

Escribe: **HUGO NEIRA**

ESTA semana tres peruanos, Alvaro Roca Rey, Elvira Paredes, directora de la Tarumba, y yo recibimos grata noticia. Desde París, el ministro de Cultura y Comunicaciones, Frederic Mitterrand, nos imponía la distinción de Caballero. (Chevalier dans l'ordre des Arts et Lettres). Fue una sorpresa, los franceses llevan estos rituales hasta extremos inimaginables de discreción. Ahora bien, un honor de esa naturaleza, a la vez alegre y

Ex director de la Biblioteca Nacional, y flamante condecoración del gobierno francés.

El Caballero **HUGO NEIRA**

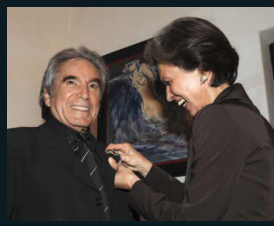


FOTO: JAVIER ZAPATA

PERSONAJE



A los tres años con su padre, policía de caballería.

remueve. ¿Qué responder durante la ceremonia? Sin duda dar las gracias, que es lo primero que hice, a las personas e instituciones francesas, y al puñado de amigos peruanos que también nos acompañaban. Pero quedaba siempre una cuestión subyacente. La propia Embajadora, Cécile Pozzo di Borgo, en el resumen de vida que acompaña el ritual de la imposición de la orden, no dejó de mencionar, en mi caso, “que los caminos que llevan siempre a Roma, llevaban siempre a Francia”. Y esta revista me la vuelve a formular. ¿Por qué Francia?

Recordé, en la noche de la embajadora, una frase de Jorge Luis Borges. El destino es el nombre que los hombres damos al azar. Algo tuvo que ver, entonces, que naciera en la madrugada de un 24 de junio, y en Abancay. En las horas que siguieron, el clan familiar debatió mi posible nombre de pila. El de Juan era obvio, había nacido en el día del evangelista. Pero uno de mis tíos abuelos lo encontró como de sacristía, y para evitar algún destino eclesiástico propuso el de Hugo. Víctor Hugo fue la encarnación de la libertad de espíritu para los librepensadores desde el XIX. No faltó otro de mis tíos abuelos que encontró excesiva esa polaridad clerical y anticlerical, y propuso el más ecuánime de Fausto, signo de vida longeva y fecunda. Hasta donde me acuerde, lo del escritor Hugo desencade-

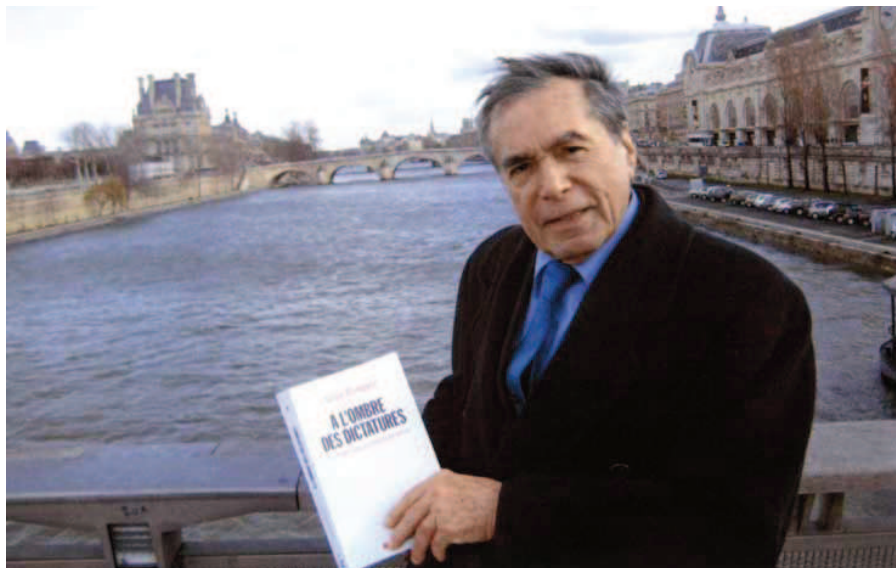
La distinción le fue otorgada el pasado 12 de agosto por su contribución a la promoción de la cultura francesa.

nó mi pernicioso hábito de lector.

El azar volvió a intervenir, más tarde, en casa de mis abuelas, esta vez del lado paterno, las Damiani. En la modesta casa de Lince había dos libros gruesos, la Biblia y el Diccionario, y por casualidad, otro más, “*El fin del mundo*” del astrónomo francés Camille Flammarion. Era una anticipación científica muy fines del siglo XIX, describía el futuro, el retorno del cometa Halley. Aquel libro traía bellas ilustraciones y en ellas, el niño que lo hojeaba, a los 9 ó 10 años, descubre una ciudad de multitudes, de puentes y avenidas adornadas con estatuas no de generales sino de sabios, artistas y filósofos.



En Tahití, 1991. Foto cortesía del autor.



Con una vasta bibliografía en su haber, Neira acaba de publicar *Las Independencias. Doce Ensayos*.

Un sueño antibelicista, del visionario Flammarion, su versión del París del siglo XXV, imaginada urbe de muchedumbres estudiosas volcadas en las calles, enfocando sus catalejos hacia la bola de fuego del amenazante cometa. El niño que yo era vio esas imágenes y decidió que tenía que conocer esa ciudad. El tercer azar fue la paternal presencia del maestro Porras. ¿Qué vinculaba a Porras con la cultura francesa, con consecuencias en sus incontables alumnos y discípulos? Ante un encantador público, esa noche, recordé que don Raúl había sido educado en la Recoleta por curas franceses. Y que si era forzoso resumirlo, Porras era el rigor (del

historiador) con la elegancia (del escritor). Su prosa alada y jovial. En fin, mencioné el pasaje por Lima del profesor François Chevalier, lo cual también señalara la Embajadora, y fue así como llegué a París, invitado a trabajar en el instituto de Sciences Politiques. Lo dije y lo repito, tuve mucha suerte.

Se ha dicho, es cierto, muchos peruanos descubrimos lo que somos en el extranjero, y nos abrimos a lo universal. La vez primera que en el Louvre vi un muro egipcio lo admiré, pero no me impidió valorar Ollantaytambo. En París el pasmo de otras culturas me fue accesible desde sus centros de estudios y librerías, el Japón, la India, el antiguo México. París me hizo lo que soy, eterno estudiante. Pudo ocurrir esa aventura existencial e intelectual en Londres,

Nueva York, sin duda, París no es más “la capital del mundo” de Walter Benjamin. El mundo actual tiene varias capitales. Pero en mi caso, la capital de Francia fue un Vaticano al revés, sede de la religión laica de la permanente duda. ¿No es cierto acaso que ahí toda idea se entiende y a la vez se discute? Ciudad inquieta y abierta a la variedad del mundo. Pero también escribo estas líneas para que algún padre de familia retenga que descubrí la alegría del saber, muy pequeño, en un libro para adultos. No limiten a los niños a textos para niños, si quieren que sean seres humanos curiosos para siempre. ■